

El publicano bajó a su casa justificado, y el fariseo no

Hoy la Palabra nos invita a la **conversión**, a **vivir no en la autosuficiencia, sino en la humildad**: porque, como hemos cantado en el Salmo: *El Señor está cerca de los atribulados, salva a los abatidos... no será castigado quien se acoge a él.*

En el Evangelio contemplamos a **dos personas, el fariseo y el publicano**. Dos personas con actitudes muy diferentes.

El fariseo piensa ganar la salvación con su propio esfuerzo. En realidad, no espera nada de Dios, no tiene nada que pedirle, le recuerda ostentosamente sus “méritos” y desprecia a los demás, erigiéndose en juez despiadado. En el fondo, piensa que Dios *le debe* la salvación.

Aparentemente la vida del fariseo está “más ordenada” que la del publicano, pero **le pierde la soberbia**, que es el peor de todos los pecados; soberbia que le lleva al juicio y al desprecio, signo todo ello de que el Espíritu Santo no está en su corazón.

El publicano, en cambio, reconoce su condición de pecador y pide a Dios la conversión y **se apoya en Dios y no en sus obras**. Está abierto

al cielo y **lo espera todo de Dios**: llama a la puerta y se le abre, porque *la oración del humilde atraviesa las nubes, y no se detiene hasta que alcanza su destino.*

Para llegar al cielo, la oración debe brotar de un corazón humilde y pobre; de un corazón que se reconoce pequeño y necesitado de misericordia y de salvación; de un corazón que confiesa que todo viene de Dios: *el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.*

La **humildad que te lleva a salir** de la autosuficiencia narcisista y autorreferencial y de la arrogancia para **reconocer que todo es don**; te lleva a **aceptar tus pobreza**s, tu debilidad y a entregárselas al Señor para que las sane; te lleva a **entrar en tu historia**, la historia de tu familia, de tu sacerdocio, de tu consagración religiosa... **y encontrarte ahí con Jesucristo Resucitado** que lo hace todo *nuevo* por el poder de su Espíritu.

Humildad para fiarte que los criterios y los planes del Señor son mejores que los tuyos... Humildad de confiarte al amor de Dios, Amor que se vuelve medida y crite-

rio de tu propia vida. Humildad para ser agradecido.

Al cielo se sube, *bajando* (cf. *Flp* 2, 5-11).

El Reino de Dios es de los po-

bres y pequeños. El Señor derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes. El Señor ha escondido estas cosas a los que se creen sabios y entendidos y se las ha revelado a la gente sencilla.

Para ayudarte a rezar

Pídele al Señor el *don* de la humildad.

La Palabra del Señor, luz para cada día

1ª lectura: Eclesiástico 35, 12-14. 16-18. **Los gritos del pobre atraviesan las nubes.**

Dios es incorruptible, no acepta sacrificios o plegarias en favor de la injusticia, no tiene acepción de personas. Si Dios manifiesta alguna preferencia es precisamente por los más débiles y necesitados. **Dios hace suya la causa del pobre y le salva.** El pobre que eleva a Dios sus lágrimas de oprimido siempre es escuchado.

Salmo 33, 2-3. 17-19. 23. **Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha.**

El salmo respira un agradecimiento cordial por el amor que Dios muestra a sus fieles. Frente a la injusticia humana, que explota al pobre, **Dios se constituye en juez de apelación en favor del oprimido.**

2ª lectura: 2 Timoteo 4, 6-8. 16-18. **Ahora me aguarda la corona merecida.**

San Pablo, desde el día en que respondió con toda generosidad a la llamada de Cristo había gastado y desgastado su vida por Cristo y la salvación de los hombres. Cumplida su misión, no le queda sino derramar sobre ella la libación de su sangre. **Hay dos maneras de dar la vida por Cristo: una, consumirla día a día en la tarea de dar a conocer a Cristo a las gentes. Otra, derramar la sangre por su causa.** Imitar a Pablo, que supo darla de las dos maneras, es un reto para todos.

Evangelio: Lucas 18, 9-14. **El publicano bajó a su casa justificado, y el fariseo no.**

¿Cómo hay que rezar a Dios? La respuesta la tenemos en esta parábola. Dos hombres suben a rezar al templo. Uno, fariseo, lleva una vida exteriormente intachable. Practica las buenas obras y cumple escrupulosamente la ley. Pero se siente seguro de sí mismo. Se tiene por justo y desprecia a los demás. El publicano, en cambio, se siente perdido, se reconoce pecador, necesita el perdón y lo pide con humildad. Los dos necesitan el perdón, pero Jesús declara que el pobre publicano vuelve justificado. Y es que **la justificación personal es un don de Dios. Únicamente quien se reconoce pecador y la pide, puede obtenerla de Dios.**

Puedes leer *Mateo* 6, 1s.

Lunes 27

Rm 8,12-17. Habéis recibido un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: «¡Abba!» (Padre).

Sal 67. Nuestro Dios es un Dios que salva.

Lc 13, 10-17 Mujer, quedas libre de tu enfermedad.

Reza por los *enfermos* y quienes los *cuidan*

Martes 28

Ef 2,19-22. Estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles.

San SIMÓN Y SAN JUDAS, Apóstoles	Sal 18. A toda la tierra alcanza su pregón. Lc 6,12-19. Escogió a doce de ellos y los nombró apóstoles. <i>Reza por la Iglesia.</i>
Miércoles 29	Rom 8, 26-30 A los que aman a Dios todo les sirve para el bien. Sal 12 Yo confío, Señor, en tu misericordia. Lc 13, 22-30 Vendrán de oriente y occidente, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios. <i>Reza por la nueva evangelización</i>
Jueves 30	Rom 8, 31b-39. Ninguna criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo. Sal 108 Sálvame, Señor, según tu misericordia, Lc 13,31-35. No cabe que un profeta muera fuera de Jerusalén. <i>Haz una obra de misericordia</i>
Viernes 31	Rm 9,1-5. Quisiera ser un proscrito por el bien de mis hermanos. Sal 147. Glorifica al Señor, Jerusalén. Lc 14, 1-6 Había allí un hombre enfermo. <i>Pídele al Señor que te libere del fariseísmo</i>
Sábado 1 TODOS LOS SANTOS	Ap 7, 2-4.9-14 Una muchedumbre inmensa de toda nación, razas... Sal 23, 1-6 Éstos son los que buscan al Señor. 1 Jn 3, 1-3 Seremos semejantes a Él. Mt 5, 1-12a Dichosos, los pobres, los limpios, los humildes .. <i>Pídele al Señor el don de la santidad</i>
Domingo 5 CONMEMORACIÓN DE TODOS LOS FIELES DEFUNTOS	Mac 12, 43-46 Obrando con gran rectitud, pensando en la resurrección. Sal 121, 1-9 Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del Señor. 1 Jn 3, 14-16 Nosotros hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos. Jn 11, 17-27 Yo soy la resurrección y la vida. <i>Reza por tus familiares y amigos difuntos</i>

Testigos del Señor: San Ángel de Acri

Lucas Antonio Falcone nació en Acri, Cosenza, Italia, el 19 de octubre de 1669. Sus padres le educaron en la fe.

En 1689, mientras escuchaba el sermón del capuchino P. Antonio de Olivadi, creyó que tenía vocación para integrarse en su comunidad y fue admitido en ella ese mismo año. Contra el parecer de su madre, y de un tío sacerdote, ingresó en Dipignano. Al no hallar conformidad con la vida que se encontró, regresó con su familia. Pero íntimamente le

parecía percibir una voz haciéndole ver que su lugar era otro. Volvió a las puertas del convento de los frailes, solo que en este caso eran las de Acri, confiando en que sería acogido y perdonado, como así fue. Por segunda vez reinició el noviciado en 1689, en esta ocasión en Belvedere. Le atenazaron las dudas, se dejó llevar de pensamientos mundanos, y nuevamente se marchó.

Parecía como si su reticencia para huir atrajese sobre él más gracia divina.

A mediados de noviembre de 1690 por tercera vez se planteó la posibilidad de ser capuchino.

Ángel llegó al convento de Belvedere tembloroso, cargado de humildad, pertrechado por su fe y el espíritu de un neófito. Los religiosos volvieron a dar pruebas de bondad y de caridad, acogiénolo. Y él, decidido a todo por Cristo, en esta ocasión perseveró en la vivencia de las enseñanzas que fue recibiendo, entregado a la oración y a la penitencia. No obstante, tuvo que luchar contra las tentaciones de abandono que pugnaban por abrirse paso dentro de sí con inusitada fuerza.

Ángel se había dejado llevar de sus temores en tres ocasiones, y la lucha se le presentaba más enconada. Así que, conocer la vida de fray Corleone y su combate contra las tendencias humanas, le ayudó muchísimo. Casi desfallecido por la batalla que mantenía contra el envite del maligno, suplicó: «¡Ayúdame, Señor! No resisto más». Y escuchó esta respuesta: «Compórtate como fray Bernardo de Corleone». Entonces, tomó al fraile como modelo y, con la ayuda de su formador Juan de Orsomarso, que le animó en todo momento, profesó en 1691, habiendo encomendado su vocación a María. Lo encaminaron a la vida sacerdotal, cursó estudios teológicos y en 1700 fue ordenado sacerdote en la catedral de Cassano Jonio.

Destinado a predicar, supo llegar al corazón de las pobres gentes, campesinos y pastores en su mayoría, que malvivían trabajando de sol a sol, mientras los beneficios iban a parar a los señores. Les hablaba del amor de Dios con un mensaje sencillo, comprensible, despojado de retóricas y artificios, en conformidad con el espíritu franciscano. Obtuvo muchas conversiones. Fueron treinta y

ocho años los que pasó predicando cuaresmas, ejercicios espirituales, misiones populares, etc., por muchas regiones de Italia, pasando por encima de penalidades y contratiempos. No se amilanaba a la hora de defender a los débiles. Denunciaba con pasión los abusos que cometían contra ellos lesionando sus derechos esenciales, y reclamaba a las autoridades civiles y a miembros de la nobleza el trato justo que merecían. Fue un gran confesor y pacificador. En el púlpito no le temblaba el pulso a la hora de condenar la gravedad de la conducta de los pecadores, aunque en el confesionario acogía a los penitentes con misericordia y piedad.

Hizo de su celda un centro de consulta para los que demandaban su consejo, que eran de todas las clases y condiciones sociales: la nobleza y el clero también acudía a él. Dirigió espiritualmente a religiosos y religiosas. Notable fue la atención que tuvo con el VIII príncipe de Bisignano, Giuseppe Leopoldo Sanseverino, siendo autorizado por Benedicto XIII para que residiera en el palacio a efecto de poder confortarle espiritualmente. Contando con la ayuda de Sanseverino, Ángel impulsó la construcción del convento de capuchinas en Acri, donde ingresaría la hija de este noble, sor María Ángela del Crucificado.

El santo aceptó por obediencia las misiones que se le encomendaron: maestro de novicios, guardián, visitador, definidor, ministro provincial y provisor general. Fue un gran humanista y poeta, un excelso religioso agraciado con dones extraordinarios: milagros, profecía, bilocación, dirección y penetración de conciencias, éxtasis y curaciones. Murió en Acri el 30 de octubre de 1739.

Fue canonizado el 15 de octubre de 2017 por el Papa Francisco.